

fibra de su espléndida juventud se opuso á la fúnebre petición.

No oyó cuándo las legas penetraron al dormitorio á arreglar las camas, ni cuándo subieron en infantil tumulto las "pequeñas", que al divisarla postrada se calmaron, y muy serias y silenciosas cerraron las ventanas, desnudáronse en los bordes de sus catres y una por una fueron metiéndose entre sábanas.

Nona no supo contenerse más allá de un cuarto de hora; abandonó su lecho y descalza, dentro de su amplio camisón blanquísimo, acercóse sin ruido á su atribulada amiga y le murmuró:

—¿Verdad que no está Ud. enojada, sor Noelina?...

Y sor Noeline, por segunda vez la rechazó, más duramente ahora, porque con su vecindad imaginábase ella también más cerca de Rafael y porque rechazando á la hija imaginábase rechazar al padre:

—*Va te coucher, Leonor, va t'en, va t'en!*...

V

La prolongada ausencia de Rafael habíase comentado mucho entre los socios del Club, los que en medio á sus escasísimas ocupaciones propusiéronse dar con el porqué de la cosa. Aunque Chinto disimulara y aún presumiera ser el único al cabo de lo ocurrido, la verdad es que andaba tan ignorante como los demás, y hasta con su poquito de berrinche por el desengaño cosechado. Le dolía que Rafael, de quien se suponía mentor, lo declarase cesante en su elevado oficio. Luego, que ni un día dejó de ir á tomar sus informes con los criados de la casa de Cadena y los tales informes habrían deses-

perado al más cachazudo; ¿Rafael quieto en la hacienda un par de meses y en compañía de la Nona, por añadidura? O él oía mal ó los otros explicábanse peor.

—¿Y no ha regresado una sola vez, ni ha mandado pedir algo, ni ha escrito cartas?

—Nada, nada!—respondía la servidumbre, con visible gozo de contrariar al que suponían un nocivo amigo del amo.

Chinto no se conformaba, entre otras razones, porque le había caído encima una sal horrorosa; no sólo no ganaba ya los veinte pesos diarios de marras, sino que la época de malas lo perseguía sin tregua. Perdía ahorros, dineros muy escondidos en su casa, dineros prestados, todo; cual si el demonaco microbio del juego quisiese mostrarle ahora su poder incontrastable, lo que se burla de planes y proyectos, de las módicas sumas ganadas al naípe, de las teorías y combinaciones de los que alardean de propia fuerza de carácter para no perder "ni un centavo más" de lo que les conviene. Chinto perdía siempre, noche á noche, con terquedad idéntica á la que por tanto tiem-

po lo hizo ganar y reírse de la mala suerte. En las primeras noches de pérdida no se alarmó; parecíale una broma de las cartas, una coquetería de la baraja para hacerse estimar más, y casi la desafió tratando de forzarla; permaneció en el Club hasta muy tarde, ligeramente emocionado frente á la persistencia del fenómeno. Él, tan prudente, había perdido cuatrocientos pesos!

Pagó en esa ocasión y pagó en la siguiente, pero á la tercera suplicó muy apenado que lo aguardasen, rogándole al Cielo que mientras tanto, Rafael retornara y lo sacase del atolladero con su liberalidad nunca desmentida. Ni Rafael tornó ni Chinto atrevióse á confiar su cuita á los indiscretos alambres del telégrafo; en cambio, con engaños y pretextos despojó á su hija, á su ídolo, de los pocos objetos de valor con que en más de una vez habíala obsequiado. La muchacha,—pues muchacha era ya y no fea,—dióselos de buen grado, sobre que jamás se penetraba de las misteriosas artes con que su padre vivía, llevándole hoy un mueble y una joya mañana. Creyó que así

pasarían tales cosas, los papás llevando muchas preciosidades á sus hijas, quitándoselas luego sin que en uno ni en otro caso deban las hijas inquirir el móvil que los guía. Porque los muebles se marcharon también, y se marchó el piano, y la casita mostró desnudeces desconocidas y entristecedoras. Las comidas en común se multiplicaron, mas sin el júbilo que exigía la multiplicación; comían juntos á menudo, pero apenas se hablaban y menos se reían. Hacía el gasto un canario de la muchacha, desgañitándose dentro de su jaula.

En tal estado las cosas, regresó Rafael, aunque sin avisárselo á nadie, permaneciendo encerrado en su morada. Anunciáronle dos tardes á Chinto y dos tardes negóse á recibirlo; ya no había quien pudiera colarse hasta el dormitorio del señor si no se le permitía previamente. Chinto perdía la brújula, ¿sin recibirlo Rafael?...

Y es que Rafael, mientras resolvía el encierro de la Nona en el Colegio, determinó aislarse; con lo que por otra parte quedaba más dueño de sus pensamientos, los que, claro,

no se apartaban de la efigie de la monja.

Hasta la mañana en que Nona no fué entregada á las religiosas tampoco Rafael levantó el entredicho á las visitas; y cuando Chinto con tenacidad envidiable, llegóse en la tarde á la portería y en ella le permitieron que subiese, cruzó á la carrera el patio, en dos zancadas despachó escaleras, y todo jadeante y sofocado penetró en el despacho, donde Rafael pluma en ristre, fingía escribir:

—Dios te lo pague!— clamó al entrar. Y se dejó caer en el vetusto y polvoso canapé de la biblioteca, á los mismísimos pies del cuadro que representaba al antecesor linajudo de Rafael “don Sebastián Bello y Cruces, de la Torre y del Pinar.”

—Saluda siquiera, hombre,—díjole Rafael sin levantarse del escritorio; y le tendió la mano que Chinto fué á estrechar, dibujando una sonrisa de amigo cortesano.

—Ay, Rafaeluco,—suspiró,—si supieras lo que le sucede á tu viejo Chinto! . . . .

—Vaya, Chinto, habla en serio y no me vengas con jaranas, ¿qué es ello?

—¿Qué es ello?.... Una friolera, que  
.... que, vamos, no sé cómo contártela.

—¿Tan grave es?

—Tángo,—replicó Chinto poniéndose de  
pie y con trágico ademán,—que si tú no  
me salvas, me pego un tiro!

—¿Tu palabra de honor?....

—¡Mi palabra de honor! Juzga tú mismo.

Acercó un sillón á la mesa, y en la media  
voz con que se hacen todas las confianzas,  
principió la suya. A la vanguardia, los  
circunloquios y las atenuantes de que  
abusamos para sincerarnos ante un extraño  
de lo que nosotros mismos sabemos que es  
malo. Después, salió el delito,—aunque  
tan disfrazado é incognoscible, que el propio  
Chinto se lo perdonaba. Y á lo último, la  
súplica, la humillación de pedir dinero  
prestado con la certeza de que se carece de  
recursos para pagarlo, exornándola con  
ofrecimientos de no jugar más, con filosofías  
aprendidas á trozos que se escuchan aquí  
y allí y que demuestran inconveniencias  
en el pernicioso hábito; exornada asimismo  
con el vergonzoso desfile de las cuitas

íntimas, la hija sacrificada, el hogar vacío!  
Lo que nunca debiera decirse y que se dice  
sin embargo para ablandar al adinerado;  
por más que uno comprenda que con la  
indecorosa revelación se descubre un velo  
sagrado, y á más de vicioso se resulta con  
escasa delicadeza.

Muy cierto es que Rafael quería á Chinto,  
pero no lo es menos que su cariño era  
caprichoso y tiránico, como son por lo  
general los afectos que los ricos dispensan  
á los pobres, en las amistades desiguales  
que tanto abundan en los grandes centros.  
Son amistades falsificadas, contrahechas;  
el producto naturalmente adulterado que  
imita al legítimo sin igualarlo y que á la  
mejor enseña la trama grosera de que está  
formado; una amistad de arriba abajo,  
con protecciones descaradas, immodestas  
ayudas y reproches en público, que igual  
rebajan al que los dirige y al que los recibe.  
De manera, que según Chinto exponía su  
caso, Rafael lo escuchaba frunciendo las  
cejas, con una mal contenida y exagerada  
severidad.

—Pues pudiste ahorrar tu novelón de folletín, diciéndome con palabras claras que has jugado sin tener con qué pagar y que quieres que yo pague por tí, ¿no es esto?— soltó Rafael brutalmente, en cuanto Chinto calló.

Y Chinto se tragó el agravio sin muecas ni aspavientos, cual ahogado que no puede reclamar que lo salven con cuerda de seda, y que se limita á asirse desesperadamente de la que le arrojan.

—Eres injusto,— murmuró, sin embargo, con la cabeza gacha, contemplándose su calzado,— cuando tú me has necesitado para algo, no te he contestado con ofensas sino complaciéndote en el acto. Te ruego que me prestes una cantidad, no que me la regales, sabiendo además que ninguna falta te hace....

—Dispénseme Ud., señor duque, ¿es cuanto desea su excelencia?— repuso Rafael con zumba, por encontrarse en una situación de ánimo muy común á las contrariedades amatorias en su principio.

—Nada deseo!— respondió Chinto leván-

tándose,— pues lo que deseaba, bien veo que no eres capaz de dármelo ni con todos tus millones. Quédate con ellos y adiós.

Por la escalera lo alcanzó Rafael, arrepentido de la dureza desplegada en contra de la propia volición. Había dicho todo aquello, porque le sobraba en la garganta, porque ya se hallaba listo para salir y no supo atajarlo, porque le salió quién sabe de dónde, del sitio ignorado de que sin duda nos sale lo malo que dentro llevamos.

—No me hagas caso, Chintón, no seas quisquilloso; perdóname y dime cuánto necesitas. Yo soy ahora el que te reclama que me ocupes. Anda, entra,— terminó dándole afectuoso empujón por las espaldas; y como al entrar de nuevo en el despacho, chocárale el mutismo pertinaz de Chinto, pegóse á él y le descubrió un par de lágrimas vergonzantes que se escondían por el bigote.

—¡Tú, Chinto! ¡tú lloras y por semejante tontería!..... Pues para desagraviarte, ven y coge lo que te dé la gana,— y con trémulo pulso abrió de golpe la caja de hierro, que puso de manifiesto sus intestinos

de fajos de billetes de banco y de pilas de pesos duros, sus divisiones y compartimentos metálicos y los gruesos libros de cuentas, inclinados unos sobre otros.

Chinto se encogió de hombros frente á la riqueza, que en ese instante despreció de veras; volvióse á Rafael y exclamó:

—Cierra tu caja, hombre, pareces una criatura.... Ya te dije que sólo quiero mil.

Contados que fueron, en diez billetes de á cien pesos, Rafael cerró el mueble, y antes de entregarlos conservólos en las manos, un momento, mientras significaba á Chinto una vez más sus ningunas intenciones de lastimarlo, — aunque en realidad los conservaba por la repugnancia instintiva que experimentamos, sin advertirlo, al desprendernos materialmente de una suma de monedas; una repugnancia rápida, sin precisa forma y que no es avaricia. Y en tanto que Chinto se los guardaba, entrambos permanecieron silenciosos, por la momentánea solemnidad que el dinero imprime á su paso. En seguida Chinto se sentó y reiteró su oferta:

—Ya lo sabes, Rafael, que conmigo cuentas para todo; te lo he demostrado y no me pesaría demostrártelo más.

Vuelto Rafael á su preocupación constante, decidió de pronto comunicarla á alguien, y ¿quién mejor que Chinto, cuya discreción probada en asuntos anteriores, acababa de comprarla con el pseudo préstamo de los mil pesos? Rafael, egoísta como todo rico, demasiado que se hacía el cargo de que sus billetes estaban lo mismo que si los hubiese tirado á la calle. ¿cuándo ni con qué se los pagaría Chinto? Y desvanecido el buen impulso, creyéndose siempre acreedor, acariciando planes de realización difícilísima é improbable, — pero para la cual venía Chinto de perlas, — soltóse á hablar:

—Confidencia por confidencia, Chinto, ahora oye tú la mía, si es que antes no la has adivinado. Por la millonésima vez de mi vida amo de nuevo, pero....

—Te repetiré lo que tú me dijiste: para salir con embajada semejante, no valía la pena de que te pusieses serio....

—Es que mi caso sale de lo común, no sé

que se presente con frecuencia. ¿Sabes á quién amo?

—Para mi criterio y para el análisis es igual. ¿Sabes tú, en cambio, lo que es el amor? ¿la diferencia que hay entre amor y amar?.... Pues ahí va mi modo de ver en el asunto, y cuenta que si alguno en el mundo puede y debe considerarse un amoroso, ese alguno soy yo. ¡El amor!.... —y Chinto arrugó los ojos, cual si intentara aprisionar á la visión que el nombre evocaba,—el amor es una fantasía subjetiva que hemos inventado maliciosamente para encubrir nuestras callosidades cardiacas y nuestras monstruosidades morales; pero el amor, el ideal, el que soñamos todos y todos invocamos sin conocerlo á las derechas, ese amor no existe.... te digo que no existe, aunque muevas la cabeza y te rías de mí como si se me hubiera marchado el juicio; no existe, y voy á convencerte de ello. Dime, pero con entera y honrada franqueza, ¿á quién has querido más en tu vida?.... Advirtiéndote que tiene que haber sido una mujer, á la fuerza, ¿á quién has querido

más, á tu madre, á tu amante, —y si te place llama á ésta novia, esposa ó querida,—ó á tu hija? ¿á quién de las tres?....

—Así, de improviso, no sabría decidir....

—No, si no es de improviso, te auxiliaré. Calcula vivas á las tres y que la muerte llegase por dos de ellas, ¿con cuál te quedarías?

—Con la Nona!—respondió Rafael sin vacilaciones.

—Ingratitud número uno, porque á la Nona la engendraste inconscientemente, por procurarte un placer fugaz entre los brazos de tu esposa, sin imaginar si resultaría un hijo, y, seamos francos, sin que te importara un ardite ese resultado; como un animal cualquiera, á la manera que engendramos todos los machos. ¿O crees que en el planeta aliente alguien que se ponga á hacer eso persiguiendo un hijo que quizá ni venga? ¿lo crees?....

—No sé,—repuso Rafael algo escamado,—lo que sé es que hoy te ha dado por ensartar disparates....

—No son disparates, al contrario, es que

cuando se pregunta uno ciertas cosas, no hay escape, y ó se desentiende de ellas ó concluye reconociéndose de bicho hipócrita y vicioso. Si te molesta, no sigo ----

—¡Molestarme! ... ¿por qué?.... Sigue hasta que te causes y si me duermo, no te ofendas, despiértame.

Jamás Chinto había disertado tan en serio sobre aquellos asuntos, que el Club y sus socios no le parecían local ni auditorio adecuados. Con ellos discurría de caballos y naipes, de ebriedades y mujerzuelas, guardando para sí estos restos de teorías materialistas, estos escepticismos de estudiante de medicina, que de tiempo en tiempo subíanle á la superficie y le enturbiaban el humor y su placidez de parásito bien educado. A modo de fuego interno determinábanle, en la rarísima ocasión en que asomaban, un terremoto que barría con creencias, convencionalismos y fingimientos, sin perdonar ni respetar nada. Ó los disparaba ó habría reventado.

—Conque decíamos,—continuó implacable,—que el preferir á la Nona era una

ingratitude mayúscula, y es claro, entre la Nona, que hubiste á trueque de un goce sensual, y tu madre, por ejemplo, á quien desde antes de nacer costaste dolores y congojas, la elección no debiera ser dudosa. Sin embargo, ten la bondad de observar que el único amor verdadero, el amor arquetipo, el que todos los padres profesan á los hijos, —quitando, por supuesto, las excepciones monstruosas que confirman la regla,—ese amor se paga con el olvido, cuando bien le va.... Espérate, espérate, no me interrumpas.... Fijate también en que ni siquiera nos hemos dignado mencionar á tu señora y no porque la pobre de veras haya muerto, sino porque precisamente á causa de ser tu señora, la madre de tu hija, es natural que ocupara en tus afectos el último lugar y que.... lo diré de una vez, que la odiaras sin pretender averiguar ese mismo odio que hasta ha de haberte alarmado, como nos alarman nuestras imperfecciones; un odio sordo, injusto, cobarde, infame,—echa adjetivos,—pero odio al fin, el incurable, el que nace fatalmente en las personas condena-



das á vivir siempre juntas y en forzosa intimidad.... martirio de que se olvidó el excelente caballero Alighieri!

—Chinto, qué bárbaro eres! Mira que se necesita estar orate para vomitar tanta sandez!

—Es lógico que me censures y que me llames bárbaro, ya que no me llamas con peores títulos. Tú eres un rentista, un oficial superior del formidable ejército de las clases acomodadas que lo disfrazan todo, que á todos los vicios y á todos los delitos les ponen nombres gratos ó los designan con eufemismos, para continuar practicándolos y cometiéndolos. Pero yo,....yo soy un desheredado, un infeliz que aunque clame al cielo, ni el cielo ni Uds. han de hacerme caso..... Tú representas el orden y el capital, yo la revolución y la ruina; para tí se estableció el magistrado con frac, para mí el gendarme con revólver; tú puedes tener mancebas ó hijos adulterinos, yo no puedo tener esposa ni descendencia legítima; para tus gentes se construyeron las casas suntuosas y los parques á la inglesa, para las

mías las casas de vecindad y los hospitales gratuitos!.... Por eso, (*levantándose y accionando iracundo*), por eso no creo en tus amores.... ni en los míos, ni en los de nadie; por eso me río yo de Uds. y de nosotros y de mi sombra, porque todo el rebaño, el rebaño entero no vale ni esto.... —y arrojo al corredor la colilla de su cigarro.

—Pues, hijo, ni Ravachol—declaró Rafael magullado aún en su amor propio con la sacudida de Chinto,—pareces un diputado socialista de por allá ó un ordinario de por acá... Afortunadamente, no eres ni uno ni otro. Siéntate y escucha mi relación, dejando á un lado tus enconos y tus bilis; ya no es la época de arranques de ese calibre, ahora son cursis, créemelo.

—Al pie de la letra te lo creo, pero también cree tú lo que yo afirmo,—persistió Chinto, á quien todavía sobraban denuestos y sátiras que no deseaba tragarse,—cree que por el culto al maldito becerro de oro, el que más y el que menos, todos ejecutamos mil porquerías; y te lo afirmo con este

desplante porque tú formas parte del becerro, mayor ó menor, pero la formas. De suerte que mi rociada, apenas si te llega á las botas y no debes preocuparte, con darlas á limpiar, tan aseado como antes.... Por tu desgracia, te ha tocado nacer y vivir en uno de estos pudrideros modernos que bautizamos de grandes ciudades, ¿no es cierto? .. responde con la boca... ¿sí?... bueno, pues la flora de ellas, lo que incuban y disimulan lo mismito que sus miasmas, pongo por caso, es una tremenda colección de complicados envilecimientos que lentamente manchan á las reputaciones más limpiecitas y á las honorabilidades mejor reconocidas.... sí, sí, no me mires airado, las van manchando como la humedad te rasguña, mancha y destruye la mejor luna veneciana ó de acero bruñido que sea.... de ahí que veamos y tratemos con la conformidad que se opone á lo irremediable, á una legión de estimabilísimos cornudos; á otra de virtuosísimas casadas con sus señores maridos y con el señor Todo el Mundo; á otra de diputados, senadores,

ministros, etc., que le dan treinta puntos y la salida á Rinconete y Cortadillo; á otra de honradísimos comerciantes nacionales y extranjeros que lo mismo se curan de su conciencia que del primer vaso de agua que se tomaron; otra de....

—Chinto, detente; que en alguna de esas otras que aun te faltan, pu lieran encontrar-nos á tí y á mí....

—Lo que es eso, júralo; tenemos la honra de ser también florecencia metropolitana y de invernadero, mas como el mal carece de antídoto y opinas sabiamente calificándome de cursi,

“Cuéntame tus amores, bien de mi vida,  
“Corónala de flores, que es cosa mía....”

Concluyó Chinto, cantando “La Paloma” á voz en cuello.

—Mejor te los contaré en la calle; á ver si el aire te vuelve gente de razón. Vámonos al Bosque, anda.

Y en el faetón que aguardaba en el patio, al trote largo del tronco de ingleses, Rafael, que los guiaba, narró al fin su enamoramiento. Por principio, exigía una

reserva absoluta, inverosímil, una reserva como ni él en persona había sabido guardar. Empeñada que fué la palabra de honor de Chinto, en medio de los vaivenes del carruaje y de los saludos con látigo y sombrero, la poética figura de sor Noeline, con nombre y todo, brotó de los labios de Rafael, que al propio tiempo fustigó á los caballos para distraer la turbación que con sólo pronunciarlo le sobrevenía de fijo. Los caballos, encabritados, permitieron que Rafael se repusiese y que Chinto se penetrara de lo grave del negocio, el que, francamente, no se sospechaba de tal tamaño y trascendencia:

—¿Qué opinas, así, en general?—le preguntó Rafael sofrenando á sus animales.

—Chico, la verdad es que estoy estupefacto é ignoro qué consejo darte. Fuera del "Tenorio" y de una lega bastante vulgar que cuando la exclaustación se largó con un corneta de los "chinacos," y á la que yo conocí después, de nodriza, no sé cómo se las compondrá uno con las monjas, ni creo saberlo nunca. ¿Ves mis aires de

librepensador? .... pues para mí no es posible que una monja ó un sacerdote inspiren pasiones como cualesquiera hombres y mujeres. Ó les falta ó les sobra algo; quizá les sobre nada más su traje talar que radicalmente los diferencia de nosotros, quizá les falte, á ellos, la barba, y á ellas, la coquetería innata á las mujeres. Pero te lo repito, yo sentiría frío con una monja en mis brazos; y si me supongo mujer, apuesto á que sentiría ascos de que un sacerdote me estrechara en los suyos.

—No me negarás, á pesar de ello, que abundan más de lo que fuera de desearse los padrecitos enamorados y disolutos....

—Cómo he de negártelo, si se los encuentra uno á la vuelta de cada esquina; pero el que los haya no es prueba sino de que el voto de castidad es una ley contraria á la naturaleza y que sólo unos cuantos esforzados y santos logran acatar. Señor, si nacemos de lo contrario de la castidad y nacemos dotados con pasiones, formados de carne y hueso ¿á qué prohibir fruto tan deleitoso, origen, objeto y fin de nuestra mísera exis-

tencia? ¿por qué suprimirnos lo que la endulza?.... Que nos hagan nacer truncos ó que recién nacidos nos trunquen, enhorabuena, pero completos y crecidos, no pedir peras al olmo.

—Bravísimo, Chinto, capaz eres de vencer á las piedras con tu elocuencia. Eso mismo que acabas de hablar tan bien hablado, me lo tenía yo dicho, mas ¿qué quieres? como soy católico y católico viejo, de figurarme que llego á algo con sor Noeline tiemblo y quisiera olvidarla, marcharme á otro mundo; cualquier cosa que me salvase, hasta en contra de mi anhelo, de perpetrar un sacrilegio.... Caray, Chinto, repara en que es muy serio un sacrilegio! ¿qué enormidad!... y luego, al morir, el infierno.... ¿Tú crees en el infierno, Chinto?....

—Hombre, te diré, eso depende,—replicó Chinto sin saber qué responder á pregunta tan escabrosa,—allá, de chiquillo, claro está que sí; después, de estudiante, casi nada, nada más bien dicho, como casi ninguno de los compañeros ni de los maestros:.... yo

no sé qué diablo de conflicto se establece entre la medicina y el dogma, que en ocasiones lo coloca á uno con los del pró y en ocasiones con los del contra.... Yo hice entonces lo que calculo que hacemos todos: durante el día, perorar al igual de los más energúmenos, burlarme de curas y de creyentes, jamás pisar un templo; pero en la noche, mascullar siquiera las oraciones que me enseñó mi madre, en la soledad de mi cuarto estudiantil, sin muchos muebles, testigos ni censores; rezar, por si acaso sirve, y ser en definitiva con mi doble cara, tan poco honrado como las cuatro quintas partes de los espíritus superiores.... ¿me comprendes?.... dame un cerillo....

Acercábanse al Bosque, y Rafael, interesado en la charla, puso los caballos al paso, para oír mejor sin preocuparse de las riendas, que con desgaire llevaba en una mano. La tarde aunque ligeramente fría estaba apacible y deliciosa. El cielo limpio, sin nubes, de azul monótono; el corvo piso del Paseo, donde no lo cubrían las hojas secas caídas de los árboles semi desnudos

de follaje, con muchas huellas de carruajes, hondas rodadas que corrían paralelas, se entrecruzaban, se alejaban, simulando las rayas que á su capricho pintan los niños sobre terso pliego de papel cuando todavía no saben manejar el lápiz. El faetón, muy pegado á la ancha acera de la derecha, caminaba despacio, con crugidos de mueble nuevo y en las guarniciones, faroles y salpicadera de charol, lo mismo que en las cadenas de los collares y en la niquelada extremidad de la lanza, chispazos y reflejos del sol poniente, que se hundía allá, en un escampado, entre la mole granítica y verde del Castillo y las esfuminadas chimeneas altísimas del Molino del Rey, detrás de unos montes apenas visibles. Los oblicuos rayos de sol no molestaban cosa mayor á Chinto y á Rafael, no obstante que iban de cara á ellos, porque aparte de ser suaves de suyo, llegábanles al través de ramas y troncos de árboles. El faetón, en su sombra que se arrastraba por el suelo, se alargaba y alargaba cual si fuese una bestia fantástica de tres cabezas y de cien pies: las cabezas

de Rafael, de Chinto y del lacayo, y los pies de los caballos que se multiplicaban al infinito.

Pasada la última glorieta, en la que aún no se alza monumento ninguno, dejábanse ver un coche que otro, algunas personas á pie, señoras enlutadas en higiénico ejercicio, niñeras trotando junto á chiquillos sin sombrero, al aire sus revueltos rizos de cabello y al aire sus chillidos y risas. Un caballero de edad, sin éxito, probaba á andar en una bicicleta que lo hacía caer por tierra en cuanto él, torpe y pesadamente, se encaramaba en el asiento diminuto.

Por la opuesta acera, mirábanse grupos silenciosos de obreros saliendo del trabajo, al hombro la chaqueta, en el rostro tizne, en su marcha y en su actitud, desaliento y cansancio. Más allá, mirábanse casas, ranchos desvencijados, fábricas con humaredas póstumas por chimeneas y tubos de desahogo, rótulos colosales: "Fundición Artística," "Fábrica de Carruajes," "Baños de Ducha."

Más allá, los fondos abigarrados de las

casas que caen á Bucareli; un gran trozo de la Plaza de Toros; los tranvías de Tacubaya, á escape; y cerrando el cuadro, mucho más allá, muy lejos, picachos de montañas y las nevadas cimas de los volcanes.

Al frente, en la torre de cristales del observatorio del Alcázar, una orgía de destellos y de luces que no parecía causada por el sol agonizante sino por la propia torre, convertida en fanal mónstruo, por dentro y por milagro iluminado, con objeto de preservar á sabe Dios qué viajeros imaginarios, de los riesgos de un descanso engañoso en la bella y pecadora ciudad de los palacios y de los lagos!

—Sí te diré,—continuó Chinto luego de encendido su cigarro,—que el infierno, tal como nos lo presentan, no se impone ni inspira temores serios, á mí á lo menos, porque se me antoja que pugna con nuestra época, que no puede existir adefesio semejante.... Ahora, si por infierno hemos de entender un castigo para después de la muerte, cuando nuestro humano comportamiento no ha valido tres cominos, el

problema entonces es diverso y hay que reflexionar el negocio. No digo tú, que eres un católico convencido, hasta nosotros, los tibios y científicos,—no me tosas si me cuento entre ellos, yo soy hombre de estudios, aunque incompletos; soy un prófugo de la Escuela de Medicina, pero en ella estuve dos años é hice toda mi Preparatoria.... Bueno, pues en el sentido de castigo, sí creo en el infierno porque creo también en otra vida; y no me preguntes qué es la otra vida, no sabría definírtela; creo en ella y eso me basta.... Y ¿sabes por qué creo en todas estas cosas de las que antes me reía á carcajadas?.... ¿no lo sabes? ... Pues por mi hija!—añadió bajando la voz,—los hijos nos tornan pusilánimes y cobardes. En la duda de que sea ó no sea cierto lo que de pequeños nos inculcaron, especialmente la bárbara injusticia de que los hijos paguen las faltas de los padres, te aseguro que tiembla uno de suponer castigados á esos pedazos de corazón, á consecuencia de nuestras inmundicias y picardías... ¿De qué te azoras?...

—No es que me azore, no; es que pienso en mi Nona y pienso en mí mismo, en todo lo que yo he hecho y en que ella jamás hizo nada para que la castigaran. ¿Qué culpa tiene la pobrecita de que yo haya sido lo que he sido? . . . .

—Ahí verás, pero la amenaza es esa; por suerte, queda por averiguar si será verdad. Luego, que con esto nos apartamos de lo otro, de tu asunto, ¿de veras, de veras estás enamorado de esa sor Noeline?

—Como nunca lo estuve de mujer ninguna! . . . . Mira, Chinto, yo creo que me he perdido para siempre con este amor maldito, creo que ya ni una absolución papal me serviría en la hora de mi muerte; pero, oye, acércate más para que el lacayo no se entere, la quiero tanto, tanto, que á veces, como si el demonio me poseyera,—yo digo que el demonio será, ¿quién otro ha de ser?—á veces, siéntome capaz de robármela, de incendiar el Colegio, de derribar por la fuerza cuanto á ella se me oponga, . . . . vaya, que porque me quisiera temo que ni perderme me importe, con tal

de perderme con ella!! . . . . Con que ya verás si no es obra del demonio? . . . . Si ella hubiera sido otra, ¿sabes?, la mismísima emperatriz de la China, yo no me habría enloquecido ni apasionado; las diferencias de posición, los maridos, todos los obstáculos naturales que defienden y circundan á una mujer común y corriente, de las que se hallan á nuestro alcance aún á riesgo del propio pellejo, ó te enardecen ó te enfrían, y por lo general te enfrían . . . pero una monja, Chinto, una monja sin más defensas que su hábito, su virtud y su santidad! Defensas que en un principio no ves y por eso no te intimidan, pero que si te alejas y te serenás un poco, sobre todo si cual yo profesas ciertas creencias, se te transforman en defensas inexpugnables, potentísimas, que hacen que te aborrezcas por tu crimen y atentado contra cosas de iglesia! . . . . Una monja, Chinto, debajo de cuyo sayal adivinas una belleza extra-terrena y una alma que es susceptible de palpar y de amar como la tuya! . . . . Una monja, en cuya boca ambicionarías

que amortajaran á tu espíritu, á tu sér entero, pues sus besos deben valer lo que vale el paraíso y sus brazos son los rivales de la víbora que con sus amaños perdió, no al primer hombre ni á la primera mujer, sino á toda una humanidad!..... Una monja, Chinto, que como sor Noeline, es muy superior á la manzana de Adán, y que si tú, hombre al fin y al cabo, no puedes contenerte y la muerdes, en seguida has de encontrarte con el infierno, francamente, Chinto, ó arrostras el todo por el todo ó enloqueces como enloqueciendo estoy yo!!...

Continuaba el faetón rodando lentamente, los caballos al paso y el crepúsculo muriendo en su soberbio lecho de montañas.

Pronto franquearon los umbrales de la reja del Bosque, mudo y bastante más sombrío que la calzada. De miedo relincharon los caballos al aproximarse á la casa de fieras, que se denunciaban por su acre pestilencia de carniceros y por un rugido que otro, escapado de las jaulas de hierro, que en esos momentos cubrían los cuidadores. Los ancianos ahuehetes, tenían

rumores suaves, de viejos achacosos que se preparan al descanso; arriba, en el Castillo y en la rampa, se encendieron los focos eléctricos, y los tambores y cornetas del Colegio Militar, tocaron "llamada de sargentos"; abajo, los cisnes del estanque, sacudíanse alas y colas y en dislocada marcha, rectos los flexibles cuellos, ganaban sus viviendas lacustres al son de graznidos ingratos; en las entrañas del Bosque, reverberaban con intermitencias millones de insectos luminosos describiendo perfiles de fantásticas figuras incompletas; ranas ocultas, ensayaban sus gargantas, y la masa de la fortaleza, el conjunto todo, diríase que se envolvía, voluptuosamente, en impalpable y amplia túnica de claridades siderales.

El monumento á los Héroe-Niños del 47, en ese fondo de semi-obscuridad, simulaba un signo de admiración labrado en piedra, para que el olvido humano se estrellase contra su aspecto druídico y perdure el recuerdo de los que creyeron en el Deber.

Embargados por la majestad de la hora